

La mirada más allá... Ana María Janer nos muestra el camino

Grábame como un sello sobre tu corazón, como un sello sobre tu brazo. Porque el amor es fuerte como la muerte, la pasión inexorable como el abismo. Las aguas torrenciales no pueden apagar el amor, ni los ríos anegarlo (cfr Ct 8, 6-7).

Estas bellísimas palabras del capítulo 8 del Cantar de los Cantares podríamos traducirlas a un lenguaje más prosaico, pero que expresa exactamente la misma idea: *De tanto que te quiero, te comería*, le dijo mi sobrino de 5 años a su hermana más pequeña y además mientras se lo decía la achuchaba entre sus brazos con tanta fuerza que casi la deja sin respiración.

Esta experiencia del amor humano que de una u otra manera, con más o menos achuchones, ojalá todos hayamos tenido, ya sea con nuestras parejas, padres, hermanos, amigos... Pues bien, esa misma experiencia, salvando las distancias, es la que tiene Dios con nosotros.

También a nosotros Dios nos achucha, nos apapacha, nos abraza. Dios tiene tatuado nuestros nombres en sus brazos y sobre todo en su corazón con una tinta que no se borra porque nos ama apasionadamente, locamente, porque Dios no puede dejar de amarnos. Él siempre es fiel. Las aguas torrenciales no pueden apagar el amor que Dios nos tiene.

Introducción

Me van a permitir que me aparte de convencionalismos y de academicismos. Supongo que de mí, postuladora de la causa de canonización de nuestra fundadora Ana María Janer Anglarill, se espera algo serio, estructurado, alguna novedad, tal vez... Bueno, serio seguro que será porque yo soy bastante seria. Pues no sé exactamente lo que ustedes esperan. Sí sé lo que les tengo preparado.

No les voy a explicar o seguramente a recordar, debería decir con precisión, la vida de esta mujer que atraviesa la práctica totalidad del siglo XIX español. No les voy a hablar directamente de cronologías, de batallas, de figuras relevantes del mundo social, político o eclesial del momento.

Voy a intentar transmitirles su experiencia personal, vital, arrebatadora, apasionada y apasionante; eso sí, no de una experiencia melosa, dulzona, pegajosa... porque entonces sí que traicionaría a la aludida y a la que les habla, que provienen de un lugar de expresión austera de emociones y de sentimientos.

Y claro, yo misma, mientras preparaba esto, me cuestionaba: Dios mío, ¿Dónde te has metido, Pili? Y como, eso sí, soy una persona responsable, fiel al guión y al lema y al título. Pues nada, me he dispuesto a abrir los ojos, en primer lugar, los ojos de los sentidos corporales y después o al unísono, los ojos de los sentidos espirituales para mirar más allá y dejar que Ana María me muestre el camino. Y eso, ¿cómo se hace y a dónde nos conduce?

¿Cómo mirar más allá?

Pues miren se hace cayendo en la cuenta de lo siguiente. Antes de que yo abra los ojos a este mundo y vea las personas y oiga lo que dicen y escuche lo que hablan, antes de que yo abra los ojos y admire la naturaleza... hay alguien que primero me ha mirado, a mi, y a usted que esta sentado en la tercera fila, espero que no le haya pillado desprevenido.

Y ese alguien que me mira es una Persona, una Persona con mayúsculas: Cristo Jesús. Y me mira resucitado, claro, pero con las señales de la pasión. Me mira desde el desprendimiento total, desde la autodonación máxima de sí mismo, desde el amor desbordante. Y las palabras se quedan cortas. Ese es el Cristo que me mira, ese el Cristo al que yo debo mirar, ese el Cristo que miró Ana María Janer, “su adorado esposo”, como dirá la Madre Montserrat Massanés al comunicar el fallecimiento de la fundadora a la hermanas.

Del encuentro entre mi mirada y su mirada, la de Cristo, nace la opción fundamental de la vida del cristiano, como expresa tan maravillosamente Benedicto XVI en el número 1 de la encíclica *Dios es amor*.

“*Hemos creído en el amor de Dios: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva*” (*Deus caritas est*, 1).

Naturalmente que del cristianismo se desprenden unas normas éticas, pero no se comienza a ser cristiano por una decisión ética, voluntarista.

Naturalmente que la vivencia de la fe cristiana deberá ser consecuente y me conducirá a ser solidaria con mis prójimos. Pero yo no empiezo a ser cristiana porque me adhiera a una causa política más o menos discutible.

No se empieza a ser cristiano por haber encontrado la piedra filosofal, por ser un entusiasta neoplatónico que ha encontrado la fuente de todas las ideas.

Empiezo a ser cristiana porque he sido mirada por Cristo y me he dado cuenta –opción fundamental-. Del encuentro entre nuestras miradas nace un horizonte en mi vida y consecuentemente una orientación decisiva de la misma.

Hace 100 años...

Parece que el Papa estuviera enterado muy de antemano de que íbamos a celebrar este centenario con este lema. Porque dar un nuevo horizonte a la vida es mirar más allá y ese mirar más allá nos lleva a tomar opciones decisivas, en ocasiones inesperadas, muchas veces arriesgadas.

No me puedo resistir a mencionar el hecho histórico que estamos celebrando. Opción decisiva fue la que tomaron las hermanas en 1910, que no fue simplemente dar cumplimiento a una ilusión, a un deseo idílico. Las circunstancias se impusieron y había que actuar. La necesidad las animó, en suave, y dicho a lo bruto, las obligó a actuar.

En el Álbum del 75 aniversario encontramos como afectó la Semana Trágica especialmente a dos comunidades, la del colegio de Avinyó y la del colegio de Sabadell. Pues bien, me gustaría destacar algunas notas características comunes:

- Las hermanas se preocupan de salvar lo más valioso que tienen en el colegio, valioso en muchos sentidos: objetos de valor, ornamentos de culto, el sagrario
- Se refugian a casas cercanas al colegio
- Cuando regresan, pasan la noche del 1 al 2 de agosto en la escalera debido a los tiroteos –Sabadell-. O bien quieren permanecer en el colegio pase lo que pase –Avinyó-
- Cuando parece que la situación se tranquiliza, la superiora envía a decir a las hermanas: “Ja estoy en casa” y las hermanas responden regresando inmediatamente al colegio

En la incertidumbre ocasionada por los hechos de la semana trágica, las hermanas no se quedaron de brazos cruzados, sino que supieron mirar más allá: más allá de las propias fronteras o, como diría la canción de un cantautor catalán, Lluís Llach. “Més lluny, hem d’anar més lluny”, más lejos, hemos de ir más lejos.

Había que mirar más allá para salvar al Instituto y salvar al Instituto significaba salvar el tesoro más preciado que tenían porque **en el Instituto habían encontrado al amor de su vida** de una manera peculiar. De vuestros labios, queridas hermanas de Latinoamérica, hemos escuchado

muchas veces el testimonio que vosotras recibisteis de las españolas: “Tot per l’Institut”, todo por el Instituto.

El Amor de su vida, de sus vidas, de nuestra vida

Y el amor de su vida, de nuestra vida, de la vida de Ana María Janer es Jesucristo, ideal supremo y razón de su entrega a los demás, como tenemos expresado maravillosamente en el capítulo de las Constituciones dedicado al carisma.

El amor no es mirarse el uno al otro, sino mirar los dos en la misma dirección. Discrepo de este aforismo de Saint Exupery, diría que el amor tiene que ver con ese doble ejercicio de mirar más allá, en la misma dirección, y de mirarse el uno al otro desde los sentidos espirituales.

Ana María Janer se encontró personalmente con Cristo, amor de su vida. Por eso pidió “morir en el suelo como penitente por amor a Cristo que por mí expiró clavado en la cruz”.

Mirar más allá “en janeriano”

Desde el descubrimiento de la mirada de Cristo sobre su vida, Ana María mira al otro distinto de ella en Cristo y desde Cristo, ve a Cristo en el hermano. Eso es mirar más allá en janeriano, si podemos decirlo así.

Voy a citar ahora uno de los párrafos más bonitos y logrados, en mi opinión, de un documento de actualización teológica del carisma que tiene que ver con lo que intento expresar: *El núcleo de su experiencia carismática es el misterio del amor de Dios manifestado en la humanidad y en la manera misericordiosa de proceder de Jesucristo a favor de los hombres. **Sus ojos y su corazón contemplan este misterio en su prolongación histórica: la humanidad concreta, palpable y real de las personas a las cuales entrega por completo su vida.***

SUS OJOS corporales contemplan. Ana María no se imagina el odio, la violencia, la guerra, la desolación, la pobreza, la enfermedad, la falta de cultura de las niñas de los pueblos... No se lo imagina, no, ve con SUS OJOS, con sus propios ojos, en primera persona, en vivo y en directo personas que se odian, que se matan, que están desconsoladas, que son pobres, enfermas, analfabetas. Lo ve. Y ver quiere decir que está ahí, con y entre esas personas.

SU CORAZÓN contempla esa misma realidad que acabo de dibujar, mejor aún, contempla a esas personas que odian, que matan, que viven sin consuelo, que son pobres, que están enfermas, heridas.

De esa contemplación de la humanidad concreta, palpable y real en Cristo y desde Cristo nace la entrega completa de su vida a esas personas, porque en ellas ve a Cristo.

Dicho con palabras suyas: ***Entra, porque estuve enfermo y me socorríste*** (Isern, p. 11). Frase que no podemos separar de la que le sigue: *Entra, porque tu lámpara siempre ardió*. ¿De qué lámpara se trata? ¿De la fe, del amor? Podemos elucubrar mucho sobre esto. Es la lámpara de las vírgenes prudentes: de la fe, de la esperanza y de la caridad.

Ana María Janer no es una propagandista del amor, no es una teórica del amor, no es una filantrópica, no. Ana María es una mística católica de la caridad. Atención que cuando usamos la palabra mística hay que explicarla y explicarse un poco.

“De la caridad”: palabra un poco devaluada. Nos estamos refiriendo a la virtud teologal de la “caritas”: amor a Dios y amor al prójimo. Se trata del amor ágape.

“Católica”: en el doble sentido de universal y de eclesial.

Mística: manera peculiar de alcanzar la unión con Dios. Ana María se une a su adorado esposo cada vez que sus ojos y su corazón contemplan al enfermo concreto, palpable y real, al herido, al niño, a la hermana de comunidad.

Esa manera de unirse a Cristo, que es la experiencia mística, en Ana María tiene unas características. Esos rasgos van a constituir su modo peculiar de relación con Dios y con el hermano. Y esos rasgos son unas constantes, no, ahora sí y mañana no. Y yo hoy, 25 de octubre de 2010, Hermana de la Sagrada Familia de Urgell, laico de la familia janeriana, desde mi vocación concreta estoy llamado a reproducir esa manera de amar.

- **Encarnado**

La mirada de Cristo es personal. Cristo mira a la realidad concreta, palpable y real.

Es notoria en Ana María Janer, su capacidad para salir de sí misma e ir al encuentro del prójimo necesitado. «*Yo recojo a todos los que tienen necesidad y están heridos*». Asume la situación ajena como propia, hasta el punto de identificarse con ella y de descubrir allí la presencia de Jesucristo. De esta forma, vive en plenitud aquello que el mismo Señor nos dice acerca del juicio último sobre el amor.

- **Universal**

La mirada de Cristo es personal y universal, a todos mira con amor. A todos. Desde ese descubrimiento, el amor de Ana María no se reduce a un círculo cerrado de personas. Todos conocemos la variedad y la multiplicidad de de los destinatarios de su acción: enfermos, pobres, refugiados de guerra, ancianos, niños... Pero aún podemos ir más allá: Ana María ama hasta aquel que podría considerar una persona hostil.

Ana María Janer vive la caridad como ductilidad para hacerse toda a todos. Con entrañable comprensión, no hace acepción de personas, antes bien, su mayor desvelo recae siempre sobre el más necesitado. «Háganse todas a todos como Jesucristo nos lo enseña». De esta manera, pone de relieve su clarividencia para reconocer el misterio divino que se encierra en la dignidad de todo ser humano: su condición de hijo de Dios.

- **Preferencial: fragilidad o vulnerabilidad**

La mirada de Cristo es personal y universal, a todos mira con amor. A todos. Pero tiene unas preferencias que podríamos condensar en las palabras fragilidad y vulnerabilidad y tan frágil era el ciego de nacimiento como el cobrador de impuestos Zaqueo.

Llama la atención el especial interés que Ana María tuvo por tres grupos humanos especialmente vulnerables: los enfermos, los ancianos, los niños. En realidad esta defensa de la vida humana era para ella el modo concreto de vivir el descenso de la misericordia divina a las situaciones humanas más urgentes a sus ojos.

- **Maternal**

La dimensión maternal, afable y vigilante de Ana María, la lleva a anticiparse con solicitud a las necesidades de los demás. En ella, la afabilidad en el trato es el medio del que Dios se sirve para atraer las personas a sí. «En su trato sean amables con todos, para conquistarlos a Jesucristo y ganarlos para el cielo».

Este rasgo peculiar distingue el *amor discreto*, juicioso, prudente y vigilante, propio de una persona humanamente equilibrada y alcanza en Ana María la plenitud de la madurez personal por obra del Espíritu. Es un amor previsor que cuida de las necesidades de quienes le rodean, pero que al mismo tiempo sabe unir la firmeza y la suavidad que derivan de la prudente caridad.

- **Fiel**

El amor estable, paciente, fiel y misericordioso, lleva a Ana María a hacerse cargo de las debilidades humanas y a soportar las contrariedades de la vida, con tal de conducir a sus hermanos al Señor. «*Amen los desprecios, sin buscarlos ni pretenderlos, sino tomándolos del modo que vengan, por amor a Jesús*». Es la madurez de un amor que, habiendo pasado por innumerables pruebas, ha recibido del Espíritu el don de la magnanimidad.

- **“Abandonado”, puesto en manos de la Providencia y de la voluntad divina**

En Ana María el amor se expresa como abandono confiado en manos de la Providencia y de la voluntad divina. «Dejen hacer a Dios que sabe todas las cosas». Este paso fluido y natural de las realidades terrenas al misterio infinito del Padre, en cuyas manos halla el consuelo de una seguridad providente, imprime a su caridad sentido de trascendencia. Por eso, en la realidad objetiva y palpable de las necesidades ajenas, hace patente la cercanía del reino de Dios.

De estos rasgos característicos de la mística de Ana María Janer se desprenden aún, para afinar un poco más, unas notas de estilo. Cuando estudié periodismo, nos decían que cada periódico o televisión tenía unas notas de estilo propias y había un libro que se titulaba “Manual del español urgente”. Pues bien nuestro manual de estilo propio janeriano se concreta todavía en las siguientes notas, conocidas para todos, seguro, pero y aquí les dejo la tarea contémpenlas des de los ojos y el corazón:

- sentido de familia
- trato sencillo y acogedor: sean amables con todos
- trato delicado y prudente
- celo apostólico: que ni el misionero les aventaje en celo y prudencia
- adhesión a la Iglesia: amamos a la Iglesia más que a nuestras vidas

LA MIRADA SANADORA DE CRISTO AL FRÁGIL Y VULNERABLE

La Causa de Beatificación de la madre Janer avanza a buen ritmo. Ya lo saben. A todos nos llena de gozo ver cada vez más cerca su beatificación. Una beatificación que confirmará de manera oficial lo que para nosotros es ya una certeza: Ana María Janer Anglarill goza del abrazo de Dios Padre en el cielo y no porque fuera una especie de “supermujer”, sino porque su vida fue reflejo maternal del amor de Dios.

El 15 de octubre siete médicos especialistas en traumatología y ortopedia se pronunciaron unánimemente sobre la imposibilidad de explicar científicamente la curación instantánea, duradera y completa de la Sra. Ana Padrós Sellés ocurrida en el asilo municipal del parque de Barcelona el 9 de junio de 1951. El 31 de enero fueron los teólogos quienes declararon que dicha curación se produjo por la intercesión de la Sierva de Dios Ana María Janer. Estamos a la espera que Cardenales y obispos ratifiquen estos dictámenes.

Me gustaría hablarles un momentito de “Anita” Padrós, así era conocida, porque me parece que es una buena muestra de la manera de ser y de hacer de nuestro Dios: el Padre bueno que revela los misterios del Reino a sus preferidos, a los frágiles y vulnerables.

Y la Sra. Anita no podía ser más frágil y vulnerable, contemplada con los ojos corporales y con los ojos espirituales. Anita tiene una vida de estas que muchos calificarían de “fatal”. ¿Por que? Por diversos motivos. Anita no era una persona demasiado agraciada desde el punto de vista físico, padecía enanismo, yo me la imagino un poco “contrahecha”. Y si atendemos a alguno de los médicos que declaran en el proceso ordinario, era **borderline**, se trata de un trastorno de la personalidad que se caracteriza por la desregulación emocional, el pensamiento extremadamente polarizado y las relaciones interpersonales caóticas. O sea que tenía un cuadro clínico muy complicado.

Era natural del Pedreguer, un pueblo de Valencia. Allí, cuando ella tenía 18 años, murieron su madre y sus dos hermanas a causa de una epidemia de gripe. Después de tres meses de su traslado a Barcelona con su padre, es él quien muere atropellado por el tranvía. Se queda, pues, sola en el mundo. Al menos en apariencia. Su vida transcurría en el servicio doméstico a una familia “bien” de Barcelona que, a su manera, hizo por ella todo lo que pudo. Pero claro, llegó otra enfermedad y Anita ya no servía ni para “servir”.

La familia Boladeras procuró que la visitaran diversos especialistas que ya entonces diagnosticaron que la poliartritis deformante que padecía era irreversible, no tenía solución.

En este contexto, se produjo su ingreso en el asilo municipal del “parque” de Barcelona. Y allí la enfermedad mostró poco a poco su inexorabilidad e irreversibilidad.

Y si al principio Anita aún caminaba apoyándose con las manos en la pared, ahora el dolor le impedía mover las articulaciones y se fue quedando, progresivamente, paralizada. Por la noche la tenían que meter en la cama y se quedaba toda “agarrotada”; de día se movía con una silla de ruedas. Para ser más exactos, la movían.

Algunas hermanas que estuvieron destinadas en el “Parque” y otras que fueron a ayudar alguna temporada nos han contado las condiciones pésimas de dicha institución. Sobre todo hemos oído explicar la caridad “probada” de las hermanas que dejaron allí unos cuantos años de su vida.

Una de estas hermanas era la M. Lluïsa Font Romeu. Fue ella la que aconsejó a Anita que hiciera la Novena a la madre Janer. Y Anita le hizo caso y con otra residente que la llevaba, la Sra. Fidela Roca, se iban a primera hora de la tarde a la capilla y rezaban la Novena. Creo que Anita no sabía leer, así es que era la acompañante Fidela la que la leía. Empezaron el día 5 de junio de 1951. La petición era bien clara y simple: *poder caminar y valerme por mi misma*. Anita declara que, además, le aplicaron la reliquia de la madre Janer.

Al quinto día, como explican todos los testimonios del proceso diocesano y, naturalmente, la propia sanada, después de hacer la Novena, Anita sintió unas ganas irresistibles de levantarse y de arrodillarse. Aunque la Sra. Fidela se lo quería impedir, finalmente lo hizo y empezó a gritar: “me ha curado la madre fundadora”. Era el 9 de junio de 1951.

Y así se produjo el Milagro: aquella que ya no servía ni para “servir”, pasó el resto de su vida como había pedido: caminando, valiéndose por si misma y prestando su servicio en el comedor del “Parque”.

Una y otra vez, leyendo y releendo las actas del proceso efectuado en la curia de Barcelona entre 1956 i 1957 han surgido en mí los mismos interrogantes:

Y... ¿por qué Anita? Qué tenía o, mejor, ¿qué no tenía? ¿Cuál podía ser su aportación a la historia de su tiempo, si no contaba prácticamente para nadie?

Y... ¿por qué Anita? ¿No era quizá la más insignificante de las criaturas, recluida en un lugar, al cual ojalá nunca te tuvieran que llevar? ¿No era tal vez alguien desagradable a la vista refinada de unos ojos que sólo miran pero que no contemplan acompañados del corazón?

Y... ¿por qué Anita? ¿Por qué? Ahora empiezo a entrever alguna respuesta: el Padre revela los misterios del Reino a los sencillos y humildes. Entendiendo aquí el tipo de sencillez y humildad que da reconocer que no tienes nada de lo que el mundo cree que has de tener para merecer recompensa alguna. La sencillez de la que pone todo lo que es, sin ser gran cosa a los ojos del mundo, en las manos amorosas de un Dios que tiene su nombre, nuestros nombres gravados en su corazón y que nos ama hasta no poder más, de un Dios que escucha el grito de los desvalidos por la intercesión de aquella que pasó toda su vida socorriendo al desvalido: Ana María Janer.

“Dios Nuestro Señor, justísimo en galardonar a los que por su amor trabajan, habrá largamente remunerado a la que, teniendo El hambre y sed y desnudez y tristeza, con tan inagotable caridad y abnegación le sació y vistió y consoló por tan largos años, en la persona del pobre y afligido, ya que fue ésta la misión a que más se dedicó durante su vida y quizá la más predilecta de su corazón bondadoso y compasivo” (Reseña histórica, pp. 33-34)

Y... ¿por qué Anita? Pues para desmontarnos todos nuestros esquemas de prepotencia y de superioridad o de inferioridad, porque a veces somos verdugos y a veces víctimas.

“Anita” confiaba plenamente en el Padre del cielo. Anita confiaba plenamente en las hermanas del “parque”, en la M. Lluïsa Font Romeu. Y esta confianza la hizo abandonarse totalmente a la intercesión amorosa de la madre Janer. Ojalá nosotros también nos abandonemos en su falda de madre.

Pidamos por su intercesión mirar a Cristo que nos mira para mirar a nuestros prójimos con esa misma mirada. Que nuestros ojos y nuestro corazón contemplan el amor de Dios manifestado en Jesucristo en el espacio y el tiempo que nos toca vivir en su prolongación histórica: la humanidad concreta, palpable y real a la que hemos de entregar nuestra vida.

Muchas gracias.